

La agricultura latinoamericana Una década de subordinación excluyente

Blanca Rubio

Nota: El presente ensayo constituye una versión modificada de la ponencia magistral presentada al seminario internacional «Nuevas tendencias en América Latina en el contexto de la globalización», Midwest Association of Latin American Studies - Malas, Huatusco, Veracruz (México), 18-20 de noviembre de 2000. Agradezco la colaboración de Jorge Hernández y Víctor Rosales en la recopilación y sistematización de la información estadística y hemerográfica.

El objetivo del artículo consiste en analizar las causas estructurales que han provocado la exclusión de los productores rurales de América Latina, esencialmente aquellos orientados a la producción de alimentos básicos para el mercado nacional. Se intenta demostrar que el origen de la exclusión rural proviene de una nueva forma de dominio que se ha impulsado en el modelo neoliberal, a la que denominamos subordinación excluyente, la cual trae consigo el predominio de las actividades financieras sobre las productivas, la marginación de la agricultura como proveedora de alimentos básicos para garantizar un bajo costo de reproducción de la fuerza de trabajo y, esencialmente, un mecanismo de explotación impulsado por las agroempresas multinacionales sobre los productores de insumos agropecuarios, que se fundamenta en imponer bajos precios agrícolas sin un soporte de subsidios oficiales, hecho que acaba minando la capacidad productiva de los agricultores y genera por tanto su exclusión del mercado.

En los albores del nuevo milenio, la exclusión de amplios grupos de productores rurales se ha convertido en un rasgo del nuevo orden mundial, conocido como informático y global (Dabat, p. 10). Forma parte de los mecanismos más íntimos de su reproducción y por ello, en vez de aminorar, se profundiza con el tiempo. Aun cuando el capitalismo es un modo de producción excluyente por naturaleza, atraviesa por etapas de inclusión y de exclusión, dependiendo de la forma como se estructura el régimen de acumulación que lo sustenta. A partir de los años 80 emergió en los países más desarrollados de América Latina un modelo económico conocido como neoliberal o secundario exportador (Valenzuela 1991, p. 96), cuya lógica corresponde a un ciclo excluyente del capital.

Este modelo económico surgió de la derrota de las clases explotadas. En la salida de la crisis de la fase de posguerra, se impusieron como dominantes y hegemónicos los capitales financiero e industrial transnacionales y sometieron a una correlación de fuerzas desfavorable a las clases subalternas. El modelo neoliberal se caracteriza por el predominio del capital financiero sobre el capital productivo, la orientación de la producción de punta hacia la exportación, el establecimiento de bajos salarios y bajos costos de las materias primas agropecuarias, una fuerte concentración y centralización del capital, la combinación de formas flexibles de explotación con sobreexplotación de la fuerza de trabajo, una distribución regresiva del ingreso, el aumento del grado de monopolio, una nueva base tecnológica centrada en la informática, una elevada cuota de explotación y mecanismos autoritarios de poder con fachadas democráticas.

La característica esencial del nuevo modelo, para los fines que nos ocupan, consiste en que se sustenta en una forma de *subordinación excluyente* sobre las clases explotadas, la cual genera una enorme marginación social así como una concentración sin precedentes del capital en pocas manos¹. En este contexto, el objetivo del presente ensayo consiste en demostrar que la exclusión rural resulta de la forma de dominio que han impulsado los sectores hegemónicos del capital sobre los productores rurales. Asimismo pretende demostrar que la marginalidad rural contribuye al avance acelerado del modelo de desarrollo, pero al mismo tiempo, mina las bases estructurales de su funcionamiento. Identificamos tres sectores que

¹1. «América Latina y el Caribe es la región donde se encuentran las mayores desigualdades en la distribución del ingreso y donde los individuos más ricos reciben una mayor proporción del ingreso. Una cuarta parte del total nacional (25%) es percibida por solo 5% de la población y 40% (del total nacional) por el 10% más rico. Estas proporciones son comparables solamente a las que se observan entre los países de Africa...» (Minsburg, p. 29).

comandan el modelo de desarrollo y generan la exclusión rural desde un punto de vista estructural: el capital especulativo y financiero, el industrial transnacional, y el agroalimentario multinacional. Ellos constituyen los ejes analíticos del presente trabajo.

El dominio excluyente del capital especulativo

La correlación de fuerzas favorable a los sectores empresariales en el modelo neoliberal, permite al capital imponer una condición excepcional: el establecimiento de bajos salarios desligados del precio de los alimentos. La gran hazaña del capitalismo neoliberal, y también la causa de su perversión, consiste en fincarse en bajos salarios que se logran por vías coercitivas, toques salariales, corporativización de sindicatos y quiebra de organizaciones gremiales, es decir, una forma autoritaria de control salarial. Mientras el capitalismo de posguerra fincaba el bajo costo salarial en la producción de alimentos baratos que permitían reducir el costo de la canasta de consumo del obrero, en el modelo neoliberal se obtiene un bajo costo salarial sin necesidad de fomentar una producción alimentaria fuerte, oportuna y a bajos precios.

El capitalismo se anota un punto al desligar los salarios del precio de los alimentos, pero al mismo tiempo, siembra con ello la semilla de su destrucción. Al reducir los salarios sin abaratar los alimentos, se deteriora la capacidad de compra de la población trabajadora. Es decir, se mengua el salario real, hay menos consumo y con ello, se estrechan las posibilidades de inversión para el capital productivo. Sin embargo, como la cuota de explotación es elevada debido a los bajos salarios, existe un sobrante de capital que no encuentra condiciones rentables de inversión y tiende a fluir hacia la esfera especulativa y financiera. Se agudiza así la separación entre el valor y el dinero, entre el producto y su representación en valor. El capital financiero empieza a dominar la escena e impone altas tasas de interés que minan la ganancia industrial y agrícola. Esto cierra el círculo vicioso, pues la inversión productiva se reduce aún más y, por tanto, el predominio de lo financiero sobre lo productivo aumenta.

La valoración especulativa se nutre de la valoración productiva y hace caer la ganancia en esta última esfera, lo que lleva a su vez a que más capitales se orienten al área financiera, la cual se nutre de menos valor (Flores Olea, p. 290). Se genera entonces un ciclo perverso del capital donde la lógica productiva se ve obstruida y aparece como si el dinero surgiera desvinculado de la producción. Entre más se atrofia el sector productivo la separación entre dinero y valor es mayor, con lo cual

parece como si la inversión financiera estuviera en auge mientras la producción agrícola e industrial, en crisis.

Las consecuencias de un desarrollo de esta naturaleza son, en primer término, que lo productivo se torna marginal, por lo tanto ocurren continuas quiebras en la pequeña y mediana industria, así como en la producción agrícola orientada al mercado interior. Tal comportamiento conduce a deprimir el empleo y su remuneración, lo cual origina la exclusión y marginación de amplias masas de trabajadores. La subordinación excluyente del sector productivo respecto del financiero se ha visto fortalecida por la intervención estatal. La principal misión de los gobiernos neoliberales consiste en transferir valor hacia el sector financiero y especulativo, a través de los impuestos y la orientación del gasto público. A escala internacional, el pago de la deuda constituye el principal mecanismo de transferencia de excedentes de los sectores productivos al financiero². Dicho flujo de valor destinado al sector especulativo lleva a que se reduzca abruptamente el gasto dedicado a las actividades productivas, en particular las agropecuarias³.

Tal forma de dominio del capital financiero y especulativo genera una primera causal de marginación agrícola, que provoca un creciente endeudamiento de los productores rurales⁴. Esta es la razón de que tanto los empresarios como los campesinos que producen bienes básicos para el mercado interno, enfrentan continuas quiebras que dan la apariencia de una crisis permanente.

El dominio excluyente de la industria transnacional de punta

El capital financiero y especulativo medra entonces a costa del sector productivo provocando su exclusión del desarrollo. Sin embargo, no son todas las actividades

². En México, el rescate bancario realizado por el gobierno de Ernesto Zedillo tuvo un costo fiscal de unos 100.000 millones de dólares, que ha endeudado a los mexicanos por un lapso de 20 años. En Ecuador, el presidente Jamil Mahuad congeló, en 1999, 50% de los depósitos bancarios con el fin de rescatar al sistema financiero nacional en detrimento de los pequeños ahorradores (Montedónico).

³. En México, la participación del gasto público dedicado al campo bajó de un reducido 6,4% en el gasto programable total en 1994 a 3,7% en el año 2000. En Costa Rica, dicha participación pasó de 8,8% en 1990 a 4,5% en 1996. En El Salvador pasó de 5,2% a 1,7%, en Guatemala de 3,7% a 2,4% y en Panamá de 2,7% a 1,6% en el mismo periodo (Cepal, p. 270).

⁴. En el caso de Argentina, para 1993 la deuda del sector agropecuario ascendía a 1.000 millones de dólares mientras que en 1995, 4.000 productores tenían deudas que superaban los 50.000 pesos (dólares) cada uno (*Excelsior*, 22/8/93), mientras que en México, la cartera vencida de los productores agropecuarios creció 300% de 1994 a 1999, pues pasó de 8.102 millones de pesos a 27.000 millones (*La Jornada*, 16/6/95).

productivas las que resienten este proceso. Son esencialmente aquellas dedicadas al mercado interior, principalmente la pequeña y mediana empresa, toda vez que el capital transnacional productivo orientado hacia la exportación, no solo escapa al control del capital financiero sino que comparte el dominio excluyente con él. El capital industrial de punta, que comanda el proceso de acumulación en el modelo neoliberal en América Latina, lo constituyen empresas productoras de bienes duraderos, bienes intermedios o bienes de capital orientados hacia la exportación. El ejemplo más claro son las empresas maquiladoras. Estas compañías impulsan una segunda forma de exclusión de los productores rurales debido esencialmente a su vocación exportadora.

El hecho de que vendan sus productos en el exterior implica que les resulte indiferente la capacidad de consumo de la población nacional, sobre todo la de bajos y medianos ingresos. Por esta razón no están interesadas en incrementar la capacidad de compra de los trabajadores con el fin de que consuman sus productos. No hay necesidad de una producción alimentaria barata que permita a los obreros contar con un sobrante de su ingreso luego de satisfacer sus necesidades vitales, para comprar bienes industriales, es decir, no se requieren salarios reales altos y elevada capacidad de consumo de la población porque la industria de punta no dirige a ellos su producción.

Esto significa que el modelo puede desarrollarse sin necesidad de fomentar una producción agropecuaria productiva y barata que garantice la base alimentaria de la industrialización. El modelo puede funcionar con alimentos caros, no solamente porque los salarios se fijan por vías coercitivas, sino por el hecho de que las empresas transnacionales de punta producen para la exportación. El incremento en el precio de los alimentos reduce la capacidad de compra de la población en general y empobrece a la mayoría, sin embargo esta estrechez del mercado no obstaculiza el desarrollo de la industria de punta.

La industria transnacional excluye por tanto a la agricultura productora de alimentos básicos de sus mecanismos más íntimos de reproducción, le resulta prescindible y con ello la condena a la decadencia. De esta suerte los obreros han sido excluidos como consumidores y los campesinos como productores de alimentos.

El dominio excluyente de las agroempresas transnacionales

El tercer causal de la exclusión en el terreno económico, y el más importante, lo constituye la nueva forma de dominio impuesta por las grandes empresas

transnacionales, que utilizan los productos agropecuarios como insumos para la transformación industrial. Las empresas alimentarias productoras de harinas de trigo y de maíz, pan, tortillas, alimentos balanceados para animales, lácteos, aceites vegetales comestibles, frituras, productos lácteos, café soluble etc., han impulsado una forma de dominio excluyente sobre los productores rurales, la cual se sustenta en tres condiciones principales. En primer término, a partir de los años 80, constituyen las principales consumidoras de los productos agropecuarios y han venido a ocupar, junto con los acaparadores y usureros el lugar abandonado por el Estado.

La segunda condición consiste en la desregulación que han impulsado los países desarrollados sobre las economías latinoamericanas, imponiendo la apertura irrestricta de nuestras fronteras a sus productos, con lo cual las agroempresas han tenido oportunidad de abastecerse de insumos importados a bajos precios. La tercera condición se sustenta en el dominio excluyente del sector financiero y transnacional sobre el productivo, que permite establecer bajos salarios sin necesidad de abaratar los alimentos. Con ello, las grandes empresas tienen la posibilidad de producir alimentos a precios elevados, que no entorpecen la reproducción del capital global. Tales condiciones han modificado sustancialmente la forma como las agroempresas subordinan a los productores agropecuarios. En primer término, la apertura comercial en un contexto internacional de deprimidos precios de los alimentos desde 1982, les ha permitido importar los insumos agropecuarios y con ello someter a la producción nacional a una competencia desigual.

Las grandes empresas presionan el precio interno a la baja hasta equiparlo a los precios internacionales, compran insumos extranjeros en el momento de la cosecha, exigen normas de calidad internacionales a precios reducidos, se benefician de los créditos blandos que proveen a los importadores los bancos norteamericanos avalados por la Comodity Credit Corporation (CCC) y se apropian de los subsidios para la comercialización que compensan los diferenciales de precios internos y externos⁵. Se ha argumentado desde la óptica neoliberal que esta competencia abierta obliga a nuestros productores a alcanzar eficiencia en relación con los estándares internacionales, pero el problema de los diferenciales

⁵ En el caso de México, según declaraciones de la Asociación Nacional de Empresas Comercializadoras (ANEC), 73% de los apoyos oficiales para la comercialización en Tamaulipas fueron destinados a empresas como ADM, Bachoco, Avigram y Granero San Juan. En Sinaloa, 65% de los subsidios equivalentes a 500 millones de pesos fueron destinados a Cargill, ADM, Sabritas, Maseca, Minsa y Bachoco en 1999 (*La Jornada*, 7/9/00, p. 40).

de precios internos y externos no se explica por nuestro atraso relativo. La desigualdad principal no se encuentra en el terreno de la productividad sino en el de los subsidios, pues existen cultivos que alcanzan rendimientos elevados a escala internacional y de todas maneras enfrentan problemas de comercialización, como el caso del trigo en México⁶.

Los productores de los países desarrollados reciben en promedio subsidios superiores a los nuestros y por ello pueden producir rentablemente a pesar de los bajos precios que imperan en el mercado mundial. Se calcula que mientras en 1997 la Unión Europea concedía 526 dólares de subsidio por hectárea, Estados Unidos otorgaba 59 y México solamente 26 (Pineda Osnaya). Además del diferencial de subsidios, existe otra desigualdad en el costo del dinero. Según un estudio realizado por el Consejo Nacional Agropecuario⁷, mientras en EEUU las tasas de interés fueron de 4,5%, en México alcanzaron 19,1% en 1999. El dominio excluyente de las grandes empresas sobre los productores de insumos consiste entonces en imponer precios que corresponden a condiciones productivas ajenas a las nuestras, lo que lleva a los agricultores nacionales a continuas pérdidas que minan su capacidad productiva y acaban tornando decadentes sus cultivos. Tal situación ha traído consigo el declive de los precios reales para los productores de la región⁸.

Este mecanismo de abastecimiento de insumos de las agroempresas transnacionales les permite abaratar los costos y elevar sus ganancias. Las ventas de las multinacionales especializadas en alimentos que pertenecen a las 500 mayores de América Latina crecieron a la elevada tasa de 14,37% (1993-1995) y a 6,59% (1993-1998)⁹. El dominio excluyente que ejercen las agroempresas sobre la agricultura ha favorecido que la industria alimentaria se convierta en una de las más dinámicas. La tasa de crecimiento del valor agregado de productos alimenticios fue, entre 1990 y 1995, de 11,14% en el caso de Argentina; 25,12% en Brasil; 15,77% en Colombia; y 14,26% en Chile¹⁰. En el caso de México, el volumen

⁶ De 1985 a 1989 el rendimiento en trigo era de 4,14 toneladas por hectárea mientras que en EEUU era de 2,37 toneladas por hectárea (De Ita).

⁷ *La Jornada*, 4/9/00, p. 42.

⁸ En México, el maíz presenta una baja de 52,7% en términos reales de 1982 a 1999; el trigo del orden de 41,9%; y la soya de 50,3%. En Brasil el precio real del arroz cayó 2,6% de 1990 a 1997; el mijo 4,38% anual; el frijol 3,98%; el trigo 2,76%; la leche 4,19%; y la carne de bovino 4,58%. De 1994 a 1997 la caída fue más acentuada (Belik/Maluf, p. 170).

⁹ Entre 1990 y 1997 el crecimiento de las ventas de algunas empresas que operan en el continente alcanzaron tasas espectaculares. Kaiser (Brasil) creció 44,62% anual; Andina Coca Cola (Chile) 28,30%; Gruma (México) 24,96%; Aceitera General Deheza (Argentina) 24,80%; Santista Alimentos (Brasil) 22,40%; Nestlé (Chile) 20,89%; y Cargill Agrícola (Brasil) 18,25% (*América Economía*, 29/7/99).

¹⁰ Datos elaborados con base en Onudi: *Desarrollo industrial. Informe mundial*, México, 1997.

producido de la industria alimentaria creció 6% de 1994 a 1999, mientras que ocupa el segundo lugar en la contribución al PIB sectorial con 24,4%¹¹.

Además de reducir los precios reales internos mediante la presión de las importaciones, las agroempresas han provocado que en continuas ocasiones los agricultores nacionales no encuentren compradores para sus productos, con lo cual pierden la cosecha. En México se quedaron sin compradores, en 1999, 180.000 toneladas de frijol, 789 de maíz, 4.000 de papa, 500.000 sacos de café de 60 Kg, al mismo tiempo que se importaban 60.000 toneladas de frijol procedentes de Argentina, 6.000.000 de toneladas de maíz de EEUU, de donde también provenían papas ilegales, así como café de mala calidad procedente de Indonesia para mezclarlo con café mexicano y abaratar los costos del café soluble (Rubio, p. 7). Tal situación ha llevado a la aberración de que exista déficit productivo al tiempo que hay recurrentes sobreproducciones.

La producción nacional aparece por tanto como irrelevante para las agroempresas, en cuanto la pueden sustituir por la importada. Sin embargo esto no es así. Las empresas procesadoras de granos y oleaginosas en México, consumen 62% de la producción nacional¹². Un monto de esta naturaleza no es posible de sustituir cabalmente en el exterior sin enfrentar riesgos de abasto, alzas de precios y situaciones fortuitas. A las grandes empresas les conviene surtirse internamente de la producción esencial que consumen y utilizar las importaciones de alimentos para reducir el precio interno y abaratar sus costos. Así, ejercen una forma de dominio y explotación que impide la expansión productiva en la rama agropecuaria. Por ello en la mayor parte de los países latinos la producción agropecuaria para el mercado interno se ha tornado decreciente¹³.

El declive productivo que genera la subordinación excluyente, lleva a las agroempresas a incrementar las importaciones y con ello cierran otro círculo perverso: el de la dependencia alimentaria, que se ha convertido en un rasgo estructural de nuestras economías. Por esta razón las importaciones de cereales se incrementaron en América Latina a una tasa anual de 7,5% de 1990 a 1997¹⁴. En el

¹¹El Financiero, 22/9/00.

¹²El Financiero, 22/9/00.

¹³El PIB agrícola latinoamericano creció 2,72% anual de 1990 a 1997, inferior al crecimiento de los años 70, cuando alcanzó 3,27% anual. La producción de cereales, por su parte, cayó en Colombia, Chile y Venezuela, y registró crecimientos moderados en México, con 1,64% y Brasil con 2,75% (FAO: *Faostat P.C.*, Roma, 1998).

¹⁴Datos elaborados con base en FAO: *Agrostat P.C.*, versión 3.0; y *Faostat P.C.*, Roma, 1996-1998.

caso de México, la dependencia alimentaria para 1999 era de 58,5% en arroz, 23,1% en maíz, 49,4% en trigo, 43% en sorgo y 96,9% en soya¹⁵. A pesar de que las empresas agroalimentarias obtienen insumos a bajos precios, producen bienes finales a precios elevados. Por esta razón, en el caso de México, la canasta básica de consumo se ha incrementado en valor en 251,38% de 1994 a 1999, mientras que el salario mínimo solo creció 86,56%¹⁶.

La subordinación excluyente del capital: visión de conjunto

La característica central de la subordinación excluyente consiste en que el proceso de explotación y de extracción del excedente que se impone sobre los productores rurales, ya sea por el capital financiero o por el capital agroempresarial, no permite reproducir a los explotados. Esto es así debido a que la extracción de valor y de excedente mina la capacidad productiva de los agricultores y les impide continuar su proceso productivo en el mismo nivel. La caída de los precios agrícolas en el contexto del retiro del Estado implica una forma de explotación depredadora que acaba desgastando su unidad productiva, con lo cual los *descampesiniza* en vez de reproducirlos. Los campesinos son explotados por un tiempo hasta que quiebran y salen del mercado. Se han convertido en trabajadores desechables para el capital, en tanto pueden ser sustituidos por otros que a la larga tendrán el mismo destino. El dominio excluyente del capital no reproduce por tanto la explotación sino la exclusión de los productores, y con ello acaba minando la fuente de valor de la cual se nutre.

Las consecuencias del dominio excluyente sobre los productores

El dominio excluyente del capital financiero y de las empresas transnacionales ha generado una situación inédita, el hecho de que la población trabajadora, de cuya fuerza laboral se nutre el capital, tienda a ser excluida. El desempleo se ha convertido en un rasgo estructural del sistema. Según la Cepal, el desempleo representa 8,7% de la población económicamente activa de la región en el primer semestre del año 2000; además, siete de cada diez nuevos puestos de trabajo están en el área informal¹⁷. Los productores rurales, por su parte, han sido excluidos de la producción de alimentos básicos para el consumo nacional. En México el número de productores se ha reducido brutalmente en los últimos años: de 4 millones que participaban en 1994 en el mercado en condiciones rentables, se

¹⁵Datos elaborados con base en Ernesto Zedillo Ponce de León: *VI Informe de Gobierno. Anexo Estadístico*, Presidencia de la República, México, 2000.

¹⁶*La Jornada*, 26/7/99.

¹⁷*La Jornada*, 11/7/00, p. 20.

redujeron a 300.000 en 2000¹⁸. Tal situación ha traído consigo que los agricultores no puedan sobrevivir del ingreso de su parcela. Según la Cepal el ingreso de los productores rurales cayó en 70% durante el último sexenio mientras que entre 70% y 80% de su ingreso ya no proviene de la parcela. En los países andinos ha avanzado el cultivo de estupefacientes como un medio alternativo de sobrevivencia ante el deterioro productivo que enfrentan (Salgado Tamayo).

Las contradicciones que genera la subordinación excluyente del modelo neoliberal

La subordinación excluyente del capital financiero y transnacional genera dos contradicciones esenciales que horadan el paso del neoliberalismo: la primera consiste en que el capital financiero y especulativo se nutre del capital productivo minando su reproducción, y esto genera una separación entre el valor y su representación dineraria y entre la producción y su expresión en valor. Esta separación se refleja en un crecimiento descomunal del capital financiero y especulativo en relación con el productivo. «Si en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial el volumen de las transacciones financieras internacionales representaba cinco veces el tamaño del comercio mundial, en la actualidad la proporción estimada es de aproximadamente quinientos a uno» (Boron, p. 224). Esta separación entre el valor y su representación monetaria tiende necesariamente a ajustarse, en tanto genera un valor ficticio que carece de respaldo en el área productiva. Tal ajuste en el capitalismo se realiza a través de violentas crisis financieras que en el actual modelo de desarrollo se han vuelto recurrentes y tienen un impacto inmediato sobre los mercados mundiales¹⁹. Mientras el modelo neoliberal continúe existiendo, dichas crisis van a seguir desestabilizando los mercados y afectando con ello la esfera productiva hasta que se produzca la crisis definitiva, en la cual se ponga de manifiesto el agotamiento del régimen de acumulación.

La segunda contradicción esencial consiste en que el capitalismo neoliberal depreda la fuente de la riqueza sobre la que se sustenta y por tanto, la capacidad de generar valor. El valor disminuido es apropiado por un sector parasitario, los especuladores, que generan una enorme concentración del ingreso y una pobreza generalizada a escala mundial. Se trata de los que se ha denominado como

¹⁸La Jornada, 6/10/00.

¹⁹El efecto «tequila» ocurrido en México en 1994, la crisis financiera asiática iniciada en Tailandia en 1997, los efectos «samba» y «vodka» ocurridos en 1998 en Brasil y Rusia, han servido como mecanismos de ajuste parcial, sin modificar las formas de subordinación del capital financiero sobre el productivo.

«capitalismo de casino», donde un reducido sector vive a expensas del resto. Este proceso ha generado un profundo descontento social que mina la estabilidad del modelo económico y deteriora el ambiente político, con lo cual se fortalecen las tendencias autoritarias de los gobiernos neoliberales, profundizando las contradicciones sociales. En el campo latinoamericano surgieron el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), el Movimiento de los Sin Tierra (MST) en Brasil, los cocaleros de Bolivia y los indígenas de Ecuador. Todos han rebasado las demandas puramente agrarias y agrícolas para impulsar una lucha contra el modelo neoliberal, lo cual les ha permitido convertirse en vanguardia nacional.

A manera de conclusión

En la escena de la modernidad neoliberal del nuevo siglo, los campesinos e indígenas latinoamericanos enfrentan una aguda exclusión que mina el desarrollo del neoliberalismo. Desde el plano económico, la exclusión de la agricultura ocasiona el predominio del capital financiero sobre el capital productivo y con ello, la enorme fragilidad que lo caracteriza. Si se impulsara una producción de alimentos básicos nacionales que permitiera abastecer la demanda interna bajo un control sobre las agroempresas alimentarias capaz de reducir el precio de los alimentos finales, los obreros podrían dedicar un ingreso menor a satisfacer sus necesidades de subsistencia, lo cual permitiría que se incrementara el consumo de productos industriales. Tal situación atraería la inversión a la esfera productiva, con lo cual se generaría un flujo inverso al actual, pues el capital especulativo tornaría al área productiva. Esto haría bajar las tasas de interés y elevar la tasa de ganancia lo cual propiciaría la creación de empleos, fortaleciendo con ello el consumo y la inversión productiva (Flores Olea, p. 290). Esto quiere decir que si la agricultura se incluyera como base alimentaria para la contención salarial, se generaría un círculo virtuoso del capital cancelando el dominio del capital financiero sobre el productivo. En consecuencia la exclusión rural, sustentada en la debilidad política de las clases subalternas, genera el círculo perverso del neoliberalismo y con ello la subordinación excluyente que lo caracteriza. Desde el plano político, la exclusión de los campesinos ha generado un movimiento social de alcance mundial, que cuestiona el avance del capital. En la exclusión rural se encuentran tanto las claves del carácter perverso del neoliberalismo como de la resistencia social que lo enfrenta. Este capitalismo, como los otros, tiene los pies de barro en la agricultura y su modernidad urbana y globalizada no es más que una fachada de bisutería que esconde un profundo conflicto interior.

Sin embargo, el capitalismo neoliberal no caerá por sí solo. Las contradicciones económicas que hemos mencionado pueden someterlo a una crisis estructural, pero no lo destruyen. Ni la perversión económica que lo distingue, ni el descontento espontáneo, podrán minarlo. Se requiere un gran cúmulo de fuerzas y una poderosa organización mundial, gradualmente construida e incluyente, que permita cambiar la correlación de fuerzas y debilitar al capital. La crisis estructural del modelo económico, que podrá ocurrir cuando la separación del capital financiero y productivo afecte a las grandes potencias, será una gran oportunidad histórica para transformar la correlación de fuerzas a favor de los oprimidos. Para fundar un nuevo modo de producción comunitario, socialista, democrático, pluriétnico y con igualdad de género, que preserve la vida. Para sobrevivir a la globalización necesitamos, hoy más que nunca, refundar la utopía.

Bibliografía

- Belik, Walter y Renato Maluf: *Abastecimento e segurança alimentar: os limites da liberalização*, Instituto de Economía de Brasil, Unicamp, 2000.
- Boron, Atilio (comp.): *Tiempos violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*, Eudeba / Clacso, Buenos Aires, 1999.
- Dabat, Alejandro: «Empresa transnacional, globalización y países en desarrollo» en A. Dabat: *Globalización, nuevo ciclo industrial y división internacional del trabajo*, México, en prensa.
- De Ita, Ana: «Resultados generales de la negociación del Tlcán para los granos básicos y oleaginosas» en *¿Cuánta liberalización aguanta la agricultura?*, Comisión de Agricultura de la Cámara de Diputados, Cámara de Diputados, LVII Legislatura, México.
- Flores Olea, Víctor: *Crítica de la globalidad: dominación y liberación de nuestro tiempo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1999.
- Minsburg, Naúm: «Transnacionalización, crisis y papel del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial» en A. Borón (comp.): *Tiempos violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*, Eudeba / Clacso, Buenos Aires, 1999.
- Montedónico, Rubén: «Golpe de Estado en Ecuador: levantamiento, traición y sedición» en *Siempre*, 27/1/2000, México.
- Pineda Osnaya, José: «Estructura del mercado mundial alimentario y participación de los países de salarios reducidos», ponencia presentada en el XX Seminario Internacional de Economía Agrícola del Tercer Mundo, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, México, 2000.
- Rubio, Blanca: *De explotados a excluidos: los campesinos latinoamericanos frente a la fase agroexportadora neoliberal*, Plaza y Valdés, México, en prensa.
- Salgado Tamayo, Manuel: «Falacias y verdades sobre el Plan Colombia» en *Servicio Informativo. Alai-amlatina*, Quito, 2000.
- Valenzuela, José: *Qué es un patrón de acumulación*, Facultad de Economía, UNAM, México, 1991.
- Valenzuela, José: «Estancamiento económico neoliberal» en J. Valenzuela (coord.): *México. ¿Fin de un régimen?*, UAM-I, México, 1995.

BLANCA RUBIO: economista mexicana, investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, México; especialista en cuestiones agrarias y campesinas, es autora de numerosos artículos para publicaciones colectivas y revistas; su último libro: *De explotados a excluidos: los campesinos latinoamericanos frente a la fase agroexportadora neoliberal*, Plaza y Valdés, México, en prensa.

Palabras clave: campesinado, agricultura, agroindustria, neoliberalismo, México, América Latina.